

ESPERANZA QUINTIÁN



CUANDO LLEGUE LA LLUVIA

Biografía de una ciudad



1

VENIDOS DE JAÉN

Cuando Carmela se despertó el sol estaba ya muy alto. Se incorporó sobresaltada, apoyando un codo en el colchón rayado. Fue la gritería de los chiquillos en los desmontes cercanos lo que la hizo despertar. Desde la habitación oía a su madre y a la señora Juana, la madre de Manuel, charlar mientras lavaban la ropa en dos grandes barreños, detrás de la chabola.

No sabía cómo se podía haber quedado dormida. Todos los días, cuando su padre se levantaba, al despuntar el sol, para ir a la busca, antes de que los camiones del Ayuntamiento recogieran las basuras, se despertaba y ya no podía quedarse dormida. Su madre intentaba dejarla siempre un poco más, hasta que Manuel y el señor Manolo se iban a la fábrica. Eran los únicos de las dos familias que tenían un empleo fijo: habían encontrado trabajo en una de las fábricas del metal, cerca de Legazpi.

Cuando se vinieron todos de Jaén, su padre y el señor Manolo buscaban trabajo juntos. Éste, con su conformar habitual, decía: «Tiene que ser así, Celestino.

Nacimos todos en La Umbría, juntos en dos casas, una al lado de otra; juntos fuimos jornaleros en las tierras de don Rafael; juntos vinimos a Madrid, las dos familias. Y juntos seguiremos».

Pero no pudo ser. A su padre no le querían en ningún sitio, porque ya pasaba los cincuenta, y se tuvo que agarrar a lo que salía. Al principio estuvo de guarda en una obra por las noches. Pero luego pusieron a un guardia civil retirado, que era familia del capataz, y le despidieron. Estuvo también una temporada en el Rastro, atendiendo el puesto de un viejecillo, el señor Matías, que vendía toda clase de baratijas: llaves de la luz, tenazas, tulipas para apliques, jofainas... y hasta alguna vieja revista pornográfica, pasada de moda y tan amarillenta y aceitosa que decía que «le daba grima tocarlas». Pero el señor Matías murió y otra vez se quedó sin trabajo.

Así que acabó dedicándose a la «busca»: cartones, zapatos rotos, ropa vieja... Él lo arreglaba todo y luego lo vendía, cuando podía... Los pocos duros que sacaba le daban para malvivir y mantener a la familia: su mujer, Prudencia, y cuatro chicos. Carmela, la mayor, limpiaba por horas en casa de una señora, por Mesón de Paredes. No ganaba mucho, ni tampoco era nada fijo, pero se podía ir andando y era una ayuda para poner la olla.

Estaban luego los tres chicos pequeños, tres bocas que no se veían nunca llenas. Por lo menos los pudo meter en el Grupo Escolar, al lado de Legazpi. Allí

estaban recogidos algunas horas, quitados de la calle y de la gitanería de los alrededores, chiquillos de las familias que también hacían sus chabolas en la «China», y unos cuantos pasaban el día mendigando o afanando lo que pillaban.

A los tres chicos el colegio les abría aún más el hambre, y cuando volvían a casa se tiraban como lobos sobre la col con papas y se pegaban por los cachos de pan, que siempre estaban contados. Cuando terminaban de comer, salían corriendo mirando de reojo a su padre por si les echaba el alto, y subían y bajaban a la carrera por las laderas del cerro que formaban las basuras en el vertedero, junto con los cuatro chicos del señor Manolo, pateando los desperdicios y levantando una espesa polvareda de suciedad grasienta y maloliente, que acercaba a las chabolas el olor nauseabundo de la basura acumulada. La señora Juana y su madre les gritaban enfurecidas:

—¿Queréis estar quietos, críos del diablo? ¿No dejareis de hacer daño? ¡Traed más peste, más, que no hay bastante!

Y algún pescozón en los cogotes sudorosos acababa con las carreras y los juegos hasta la cena, cuando empezaban de nuevo las peleas por el cacho de pan o el *rebañao* de la olla.

2

LA CHABOLA

Carmela detestaba el día. Cuando amanecía y el sol rompía la línea del horizonte, la luz amarillo brillante deshacía el engaño de la noche, y todo era más sucio y miserable. Los gritos de las mujeres y las peleas de los chiquillos rasgaban el aire polvoriento como cuchillos. Y había que abrir los ojos, romper los sueños e incorporarse, aún medio dormida, a la barahúnda de la ciudad que despertaba, como un hormiguero de colores renegridos, que se deslizaba sobre los adoquines de la calzada y las losetas de las aceras, entre el cemento de los edificios de la barriada, sucios y desconchados. Y el olor a gasoil y a gasolina, al aceite requemado de freír en los bares, y el del vinagre de limpiar las planchas... El vapor caliente de los cuerpos que se hacinaban en el metro y en los tranvías, con un hedor profundo a almizcle, que se escapaba de entre las ropas raídas de trabajo... Los empujones en las calles de aquella marea humana, que no quería ceder un centímetro de su hueco en la acera... Sólo un olor le gustaba en las mañanas: el del café de recuelo que